



# Juventud cubano-americana: nuevos imaginarios de reconciliación

“Siempre nos estamos preguntando quiénes somos, porque es difícil saberlo. Estamos confundidos e intoxicados en nuestros propios laberintos. Ahora estamos empezando a descubrirnos a nosotros mismos dentro de la fragmentación y el *collage*, aceptando nuestra propia diversidad e incluso nuestras propias contradicciones.”

Gerardo Mosquera, 1997.<sup>1</sup>

Por MICHAEL J. BUSTAMANTE

Cada vez que me encuentro en Miami intento almorzar en el famoso Café Versailles, bastión geográfico del exilio cubano, citado con tanta frecuencia que se ha convertido más en cliché que en referente útil. Visitando lugares así, uno siempre enfrenta la tentación de describir al exiliado histórico y sus descendientes como “habitantes de la nostalgia” –nostalgia por “la Cuba que fue”, lo cual no es realmente un hecho histórico, sino una creación discursiva y sociológica a lo largo de muchos años. Pero los clientes habituales de ese restaurante ni siquiera sueñan con reproducir la Cuba de sus supuestas memorias. Como ha observado la perspicaz historiadora Lillian Guerra, han creado y viven en una “alternativa auténtica nación” cubana que solo puede existir en Miami y cuya sobrevivencia depende del continuo conflicto con la Isla<sup>2</sup>. Si no fuera así, tal vez reconocerían que la famosa Pequeña Habana cada día se parece más a un barrio demográficamente panamericano que a una provincia cubana del norte.

Además, el discurso tradicional del exilio convenientemente borra el pacto implícito establecido en los años 60 entre antiguos batistianos y los que lucharon en su contra, pero posteriormente

se opusieron a la Revolución cubana. Así, el “exilio,” como categoría discursiva, siempre ha promulgado la imagen de una comunidad sin historia, sin conflictos –como si viviéramos unidos eternamente bajo nuestra preocupación común por “La Causa.”

Pero hoy en día ni Miami ni la misma comunidad cubano-americana se definen por la presencia o las actitudes del exilio más conservador, aunque este mantiene una formidable (pero no total) influencia sobre los medios de comunicación y muchas oficinas políticas importantes. Como prueba de lo poco que ha avanzado el discurso político emanando de esa comunidad y de sus líderes están los congresistas tradicionalmente a favor del embargo económico, reelegidos en las contiendas electorales del 2008. Sin embargo, 50 años de inmigración y dispersión continua –no solo por Estados Unidos, sino por innumerables países– han diversificado la diáspora cubana hasta tal punto que ya los estereotipos no sirven, aun para los que mantienen actitudes críticas hacia el socialismo cubano. Las críticas, como veremos, vienen desde variadas ópticas.

En este ensayo intento analizar las raíces y posibles consecuencias de esta diversidad, enfocándome particular-

mente en su manifestación entre una nueva y todavía joven generación de cubanos y cubano-americanos en Estados Unidos, a la cual pertenezco. Formados todos después del fin de la Guerra Fría, cuestionamos conceptos, políticas e imaginarios establecidos con mayor frecuencia y sobre la base de nuestros crecientes o siempre activos contactos con la Isla. Listos para descubrir nuestra propia Cuba, buscamos superar las narrativas hegemónicas de memoria colectiva vigentes tanto en Miami como en La Habana. Por tanto, y juntos con nuestra contraparte en tierra cubana, anhelamos realizar una reconciliación entre la Isla y el exterior –pero una reconciliación que no adopte un ideario modernista de la nación, ni pretenda fácilmente restablecer una armonía nacional que nunca fue y nunca será, sino que se realice desde la perspectiva analítica de la diáspora y su aprecio posmodernista por la fragmentación.

El análisis aquí desarrollado no se basa en investigaciones científicas, sino en las observaciones anecdóticas (probablemente optimistas) de un estudiante cansado de sufrir dolores de cabeza cada vez que estalla una nueva guerra mediática entre Miami y La Habana. Como preguntó el profesor Juan Flores, de la Universidad de Nueva York,

en el año 2000: “¿Qué podemos presumir de un pueblo tan radicalmente polarizado en sus criterios políticos que el fratricidio se ha convertido en una mentalidad nacional, y cuyas mitades divididas están tan claramente centradas en escenarios sociales mutuamente hostiles? ¿Es esto el contrapunteo cubano al cual Fernando Ortíz se refería?”<sup>3</sup> “No”, será la respuesta inequívoca de este ensayo. El verdadero contrapunteo consiste en un emergente impulso por

los años 60. Después vendría la famosa generación 1,5 que describió Gustavo Pérez-Firmat, o sea, los que eran niños cuando emigraron con sus padres y se hicieron adultos mayoritariamente en Estados Unidos<sup>4</sup>. Y finalmente llegaría una segunda generación nacida en Estados Unidos, que posiblemente se crió más con el “Spanglish” que con el español.

Un esquema así suele anular de nuestra memoria la existencia de varias

no-americana de hoy, hay de todo.

Esta diversidad es especialmente notable entre los jóvenes en escuelas secundarias, universidades por todo el país o incluso los que han iniciado sus carreras de trabajo. He visto jóvenes cubano-americanos nacidos en el corazón del exilio tradicional sufrir el rechazo de sus familias a la hora de revelar a sus padres que realizaron una visita a la Isla sin haberles informado. He observado también a cubanos re-



construir nuestras propias verdades entre y a través de las narrativas predominantes que nos envuelven.

#### MÁS QUE UN EXILIO INTRANSIGENTE

En un momento anterior, tal vez fuera posible concebir la comunidad cubano-americana en claros términos generacionales. Primero, tendríamos los exiliados históricos –no solo los antiguos batistianos, sino también esa gran oleada de miembros de la clase media y media-alta que emigró durante

facciones y agrupaciones políticas dentro del exilio, particularmente entre los exiliados históricos. Pero fue con los acontecimientos de El Mariel en 1980 y la llegada de 125 mil cubanos de varias edades, razas y clases, cuando las definiciones generacionales definitivamente empezaron a perder legitimidad. Hoy en día, después de una formidable migración de balseiros tras la crisis del año 1994, para no mencionar la llegada cada año de miles más desde el establecimiento de los acuerdos migratorios, es imposible dibujar gráficos precisos. Sencillamente, en la comunidad cuba-

ción llegados a Hialeah (barrio de clase obrera de Miami) defender el consabido anticomunismo del exilio conservador. Tampoco sería difícil encontrar un antiguo militante de la juventud comunista que quiere hacerse millonario en Wall Street. Y el año pasado, estando de visita en La Habana, conocí a una mujer cubano-americana cuyos padres se fueron de Cuba en los años 60, quien ahora se encuentra entre el grupo de ciento y tantos norteamericanos que estudian medicina en la Escuela Latinoamericana de Ciencias Médicas (ELAM). Claro, hay otros

que no quieren tener nada que ver con Cuba, sea por cansancio de la nostalgia excesiva de sus padres, o simplemente por otros intereses. Aun para los que se siguen identificando con la cultura y la nacionalidad cubanas, incluso los que se niegan a adoptar el término “cubano-americano” y prefieren que se les identifique como “cubano,” ese nacionalismo se va convirtiendo casi siempre en una forma de identidad híbrida, que no puede evitar ni la influencia de

#### PERFIL DE UN CAMBIO

Conjuntamente con esta gran pluralización, también se han consolidado importantes tendencias colectivas entre los cubanos residentes en Estados Unidos, sobre todo una marcada moderación de sus actitudes en cuanto a la política norteamericana hacia la Isla. Una encuesta realizada por la Universidad Internacional de la Florida (FIU, por sus siglas en inglés) en el 2008 reveló

de la población que tiene el derecho de votar, o sea que son ciudadanos norteamericanos, una pequeña mayoría sigue a favor del embargo. Pero esta mayoría está disminuyendo rápidamente<sup>6</sup>.

Otra encuesta realizada por Bendixen & Associates en abril de 2009 mostró semejantes, si no tan dramáticos resultados, con un 43 por ciento de la comunidad en su totalidad declarándose en contra del mantenimiento del embargo (un aumento de 7 por ciento



la cultura popular de Estados Unidos, ni su creciente internacionalización y latinoamericanización –especialmente en ciudades como Miami, donde la expresión “Generación Ñ” define más y más una cultura juvenil panamericana<sup>5</sup>. En las escuelas, en los trabajos, a veces dentro de las mismas familias, los jóvenes de herencia cubana en Estados Unidos interactúan constantemente con variadas tradiciones, creencias y preferencias políticas.

que el 79 por ciento opina que el embargo ha sido un fracaso. Más significativo resulta que, por primera vez desde que se inició esta encuesta en 1991, una plena mayoría se expresó en contra de mantener el embargo. Parece una contradicción: hay quienes reconocen que la política no ha tenido los resultados deseados pero siguen apoyándola como una supuesta declaración moral en contra del comunismo, o como un punto (ilusorio) de apalancamiento a favor de un proceso de reforma en la Isla. De hecho, si nos enfocamos en la porción

desde el año 2006) y un 15 por ciento de los encuestados respondiendo “No sé.” Ambas encuestas coincidieron en revelar que un 67 por ciento de la comunidad cubano-americana en Estados Unidos está a favor de eliminar cualquier restricción sobre los viajes a la Isla para todos los norteamericanos<sup>7</sup>.

Los cambios son aún más significativos en el caso de los jóvenes. La encuesta Bendixen, por ejemplo, descubrió que 54 por ciento de los encuestados entre 18 y 49 años de edad se oponen al embargo, mientras que la



encuesta de FIU mostró porcentajes más altos: un 65 por ciento para las personas entre 18 y 44 años de edad. Y si fuera posible concentrarnos en las respuestas de un perfil generacional más adecuado –por ejemplo, entre los 18 y 30 años– las cifras serían aún más evidentes.

Es normal que las juventudes de cualquier cultura adopten posiciones de cambio frente a las de sus padres. De hecho, la comunidad cubano-americana siempre ha contado con agrupaciones diversas (aunque minoritarias), incluso los que se han manifestado plenamente a favor de la Revolución cubana y los llamados “dialogueros” de los 70. Sin embargo, en 50 años, la oposición juvenil a la política norteamericana hacia la Isla nunca ha estado más alta. Lo triste es que no tenga una voz más organizada.

#### UNA NUEVA GENERACIÓN: CAUSAS Y CONSECUENCIAS DE SU EMERGENCIA

Es posible que esta evolución haya sido inevitable –el resultado ineludible de cincuenta años de una política con pocos frutos. Pero hay otros factores en juego más que la lógica. Los jóvenes cubano-americanos de hoy –sobre todo, los que nacieron y se criaron en Estados Unidos– somos la primera generación que se educó después del fin de la Guerra Fría. En un ambiente de arrogancia neoliberal sin precedente, la sobrevivencia de un país socialista solo a 90 millas al sur parecía una protesta sediciosa contra el inevitable “fin de la historia,” como pronosticaba Francis Fukuyama<sup>8</sup>. Como consecuencia, la época pos-Guerra Fría nunca realmente fue tan “pos” en el caso de las relaciones Cuba-Estados Unidos-Miami. Amigos míos recuerdan el derribo de los aviones de Hermanos al Rescate en 1996 y las grandes movilizaciones en torno al caso de Elián González en 2000 como momentos claves para su pretendida iniciación en un exilio tradicional desesperado por repetir el triunfo de sus homólogos polacos, checos y rusos.

Por el otro lado, si bien la idea de

una sociedad socialista seguía pareciendo anacrónica, la amenaza que el socialismo supuestamente representaba también disminuía. Poco después que el Congreso nacional aprobó la Ley Helms-Burton, la Casa Blanca respaldó una amplia serie de intercambios académicos y culturales con la Isla. Al mismo tiempo, industrias culturales en Cuba fortalecían sus lazos con distribuidores, productores y capitales extranjeros. El consiguiente “efecto Buena Vista Social Club” se extendía no solo a los norteamericanos que encontraron nuevos gustos exóticos, sino también a los mismos cubanos en Miami, sobre todo a los jóvenes que nunca habían estado en Cuba. Y con la llegada de Internet, la creciente digitalización de la música, y el nuevo acceso a la cultura de la Isla, directamente, jóvenes cubano-americanos que intentaban buscar las raíces de su herencia pudieron descubrir no solo a Beny Moré o los artistas exiliados como Celia Cruz, sino también a Los Van Van, Chucho Valdés, Carlos Varela, y Orishas. Además, el correo electrónico, el mejoramiento de las comunicaciones telefónicas y la nueva facilidad con que cubano-americanos pueden viajar a la Isla, ayudaron a fortalecer un fuerte y diverso impulso hacia la conectividad con Cuba, especialmente entre los inmigrantes más recientes. Así, el discurso anticomunista, paradójicamente en medio de su más alta y fervorosa expresión por parte de algunos sectores, iba perdiendo en la vida diaria algo de fuerza. Surgió, por tanto, la posibilidad de un nuevo imaginario transnacional o pos-nacional.

Para llegar hasta donde estamos hoy, otra prueba fue necesaria. Mientras que la época pos-Guerra Fría se definió por una intocable fe en el “libre mercado” y la democracia electoral multipartidista, fue durante la presidencia de George W. Bush cuando nuestras ilusiones sobre el poder de Estados Unidos cayeron al suelo. Los ataques del 11 de septiembre, los todavía inacabados conflictos en Irak y Afganistán, tasas de desigualdad cada vez más altas, y el estallido de una crisis económica con su origen en un sistema financiero fuera de control, han contribuido a una búsqueda

de otros modelos y de nuevas pautas por parte de la mayoría de la sociedad norteamericana. Fueron esas dinámicas las que condujeron a la elección del presidente Barack Obama y durante su campaña electoral, jóvenes por todo el país apoyaron un nuevo compromiso con la diplomacia, el multilateralismo y un sentimiento de mayor humildad en la conducción de las relaciones internacionales. Asimismo, jóvenes cubano-americanos han estado más dispuestos a cuestionar los métodos y políticas tradicionales aplicados al caso cubano –y todo después de ocho años durante los cuales el exilio más reaccionario logró terminar con los intercambios de la administración Clinton y fortalecer las sanciones económicas.

Debemos tener un poco de cuidado para no exagerar la linealidad de este proceso, ni su impacto. Primero, no estoy afirmando que únicamente son los jóvenes de hoy los que han pasado por esta evolución. Solo habría que revisar la lista de comentarios que acompañan cualquier artículo que aparece en la página web Cubaencuentro (foro en línea muy conocido por la diáspora) para saber que la diversidad no es propiedad exclusiva de mi generación. Pero sí son los jóvenes, los que se criaron en los 90, los que tal vez no hayan tenido que superar el mismo muro psicológico para reanalizar sus opiniones.

Segundo, la mirada transnacional que surgió en estos años claramente tenía importantes antecedentes. No obstante la rigidez del discurso político habitual, para el exilio la Cuba revolucionaria nunca era una impenetrable caja negra, dada la difusión de su cine, música y arte por América Latina y algunos sectores artísticos, académicos e izquierdistas de la sociedad norteamericana. Aun dentro del exilio, el Centro de Estudios Cubanos en Nueva York, fundado en 1972, asumió el importante trabajo de tender puentes culturales desde muy temprano. Igualmente, grandes artistas musicales del exilio siempre contaban con popularidad en la Isla. También tuvo lugar la importante apertura de la administración Carter, cuando muchos artistas y cubano-americanos realizaron visitas a la Isla, abriendo caminos de

comunicación y diálogo. Pero el nivel de interactividad, la mezcla y confusión de referentes culturales aumentaron, como nunca antes, a partir de los años 90. Además, para una juventud todavía en proceso de formación durante estos años, los precursores de los 70 no necesariamente hubieran tenido un impacto directo. Más relevante, tal vez, fueron textos como *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba* (1995), el cual se inspiró en los intercambios de aquel momento<sup>9</sup>.

Tercero, la juventud cubano-americana hoy en día sigue siendo más conservadora que la juventud norteamericana, en promedio. (No conozco encuestas adecuadas para demostrarlo; considérenlo una fuerte intuición). No podemos olvidarnos de esa gran pluralidad de opiniones que señalamos al principio, ni de esos porcentajes considerables de jóvenes que no han cambiado sus opiniones con respecto al embargo. Algunos de ellos están participando activamente en las organizaciones tradicionales del exilio como la Fundación Nacional Cubano-Americana (en su versión más “moderada”). El hecho de que muchos han cambiado su visión de la política de Estados Unidos hacia la Isla tampoco quiere decir que sus actitudes frente al socialismo cubano han pasado por una metamorfosis igualmente dramática. Es muy común encontrar a personas que apoyan el fin inmediato del embargo, no por ser el paso moralmente correcto, sino porque piensan que una nueva estrategia de interacción pueda tener mayores posibilidades de impulsar en la Isla un proceso de reforma interna, casi siempre concebida única y exclusivamente desde la perspectiva del capitalismo/democracia occidental.

Pero aun dejando al lado estas motivaciones sutilmente intervencionistas, somos productos de otro sistema sociopolítico. A pesar de nuestra propia diversidad, nos formamos en un país con valores distintos y seguramente con otras vacas sagradas. No solo para la juventud cubano-americana, sino también para la inmensa mayoría de los que residen en Estados Unidos, siempre nos va a resultar difícil entender una sociedad en la cual los principales

## Los cubanos nunca habíamos tenido momentos tan importantes para contemplar juntos la posibilidad de una reconciliación entre la Isla y el exterior como cuando la visita del papa Juan Pablo II y el concierto Paz sin Fronteras.

periódicos son, en esencia, voceros del Estado; una democracia con solo un partido político y un sistema económico basado en la centralización estatal. Tampoco olvidemos nuestro interés en el tema de los derechos civiles, lo cual es una preocupación justa, legítima y universal para todos, más allá de cualquier frontera. No podemos aceptar que nos tilden de “gusanos” por no coincidir cien por ciento con la versión teleológica y rígidamente marxista de la historia cubana institucionalizada en la Isla después de 1959; por ser hijos de los que se opusieron al camino socialista tomado por la Revolución a partir de 1961; por ser productos humanos del gran éxodo de Mariel; o por haber huido con nuestros padres de los peores momentos del Período Especial. Tampoco aceptaremos ser clasificados como una potente “mayoría silenciosa,” si se entiende por la frase una generación ingenua y crédula, dispuesta a asimilar una “verdad” proyectada por otros para nuestro consumo.

Por tanto, no podemos convertirnos en los nuevos miembros de la Brigada Antonio Maceo, listos para contribuir con nuestro granito de arena al futuro de la Revolución. Sean cuales fueren nuestros diversos criterios al respecto, la Revolución ya no es, nunca ha sido o nunca será nuestra. Tampoco somos un nuevo Grupo Areíto –ese núcleo de jóvenes cubano-americanos cuyo libro *Contra viento y marea* fue premiado en el Concurso Casa de las Américas en

1978.<sup>10</sup> Ellos estuvieron mucho más dispuestos que nosotros a identificarse con el socialismo como tal, en su momento, aunque su visión parcial de la reconciliación fracasó cuando se les negó el permiso de vivir en Cuba e incorporarse a las filas de la Revolución. No imaginemos que habrá soluciones sencillas. Los tiempos patentemente son distintos.

Sin embargo, si somos cada vez más capaces de estudiar y analizar la experiencia cubana desde una óptica más objetiva y con un tono más equilibrado, entonces seremos capaces de conceptualizar los derechos humanos no solo como derechos civiles, sino también como derechos sociales y económicos. También seremos capaces de reconocer que en esta tarea –sobre todo en los ámbitos de la salud, la educación y la diplomacia médica– la experiencia cubana tiene algo que enseñarnos. Igualmente seremos capaces de entender mejor el pasado y el presente del país donde vivimos, la historia del imperialismo estadounidense en América Latina, y en particular en Cuba (sin reducir esa historia a una batalla entre David y Goliat)– y por tanto la gran importancia que tiene para nuestro país el tema de la soberanía nacional. Asimismo, seremos capaces de condenar cualquier manifestación de violencia que toca a la población civil, incluidos los actos terroristas cometidos por algunos dentro de nuestra comunidad. También seremos capaces de reconocer

que Cuba sí tiene importantes y vibrantes espacios públicos de debate, por mucho que hiciera falta expandirlos. (Si ya no cuenta con la “pachanga” de los años 60, tampoco sufre la política cultural del quinquenio gris.) Igualmente seremos capaces de imaginar modelos heterodoxos: socialismos más participativos, capitalismo con menos desigualdad. Seremos capaces de escuchar al pueblo cubano y entender que sus frustraciones y visiones del futuro no se corresponden obligatoriamente con el discurso del Estado, ni necesariamente con nuestros preconceptos.

En fin, comprendemos que Cuba, como Estados Unidos, es un país real, un país complejo, un país que no solo se define por sus logros, mitos, injusticias o errores; un país donde individuos reales viven y desarrollan sus vidas. No llevamos tanto equipaje cargado de memorias duras. Por tanto, ojalá que no sea tan difícil para nosotros –como sí lo ha sido para otros- echar a un lado el encono y sustituirlo por el amor.

#### IMAGINANDO LA RECONCILIACIÓN: NUEVOS PARADIGMAS

Pero la reconciliación no es simplemente una emoción, un sentimiento, una forma de pensar; es un dilema conceptual y político. Si los jóvenes cubano-americanos estamos más preparados que nuestros padres para tomar el camino de la reconciliación, ¿qué entendemos como su fin? ¿Qué tipo de acuerdo, acomodo o pacto pretendemos establecer?

En las páginas de esta revista y en otros foros, monseñor Carlos Manuel de Céspedes ha llamado a construir una nueva Casa Cuba. Sin duda, monseñor De Céspedes no se refiere a un proceso dirigido desde las alturas de una sociedad. Las instituciones, por supuesto, pueden empujar a las personas hacia posturas novedosas. Asimismo, debemos cuestionar hasta dónde puede llegar una reconciliación sin respaldos estatales o internacionales, o sin enlazarse con un proyecto de reforma nacional. Sin embargo, una verdadera reconciliación cubana –según este sacerdote cubano- comienza desde abajo,

como una serie de puentes humanos y culturales que nos permiten erigir un nuevo compromiso común.

María de los Ángeles Torres nos ofrece una visión complementaria en las siguientes líneas escritas en 1995: “A medio vuelo entre Miami y La Habana, no importa mucho en qué sentido, siento que puedo soportar los dos lados juntos. Hay una creciente posibilidad de una perspectiva coherente, de un futuro imaginado que supera la ruptura sin negar el dolor, sin comprometer la ética y los principios que a lo largo de la historia son los motores de cambios... Es nuestra nación, son, en fin, nuestras vidas... Un entendimiento o reconocimiento colectivo, un areíto para curarnos, todavía puede ser la manera de continuar buscando coherencia, de empezar a reconciliarnos con nuestros enemigos –nosotros mismos.”<sup>11</sup>

Tanto De los Ángeles Torres como De Céspedes se hacen eco de concepciones modernistas del nacionalismo. Es decir, parecen creer en la posibilidad de una perspectiva “coherente,” como si los términos del nacionalismo cubano antes de un momento dado de ruptura no fueran contestados. Si De los Ángeles Torres permite parcialmente la coexistencia de variadas perspectivas sin una síntesis completa, para ella la nación cubana sigue siendo una entidad singular capaz de ponerse de acuerdo consigo misma.

Por atractiva que sea esta solución, el dilema no es tan sencillo, ya que los miembros de la diáspora pertenecemos no solamente a una difusa nación cubana, sino a varias otras. En particular para los que hemos crecido en un mundo pos-Guerra Fría, un mundo de la globalización, con toda su hibridez y multiplicidad de subculturas, parece poco atractivo, incluso peligroso, pensar en una ansiada “unidad.” Seguramente jóvenes cubanos en la Isla compartirían estas preocupaciones, y no necesariamente por el lógico impulso de resistir una fácil apropiación de la “identidad cubana” desde afuera. Si he aprendido algo durante mis visitas a Cuba, es que la juventud está cansada de discursos que siempre han privilegiado la importancia de la uni-

dad nacional. Es por eso que anhelan tanto identificarse con otros campos y prácticas sociales –sean la religión, las subculturas musicales (raperos, emos, reggaeton) o identidades étnicas (sociedades españolas, africanas)–, muchos de los cuales beben de sus propias influencias transnacionales y han afectado el panorama cultural cubano, con particular fuerza desde los 90.

Tampoco pretendemos tener ideas claras sobre nuestro papel en el futuro político, económico, social y cultural de la Isla. Me sorprendería si más que un mínimo porcentaje de cubanos en el exterior –jóvenes o no e incluyendo a los más recién llegados- dijeran que quieren algún día vivir (o volver a vivir) en la Isla. Los que nacimos en el extranjero –los que jurídicamente no hemos pertenecido al estado-nación cubano–, nunca nos atreveríamos a pensarlo. Y para los jóvenes en particular, antiguos conflictos como el de las propiedades nacionalizadas por la Revolución no tienen la menor importancia. Algunos han dicho que podríamos servir como una importante fuente de inversión y capital para la Isla. Pero somos conscientes de que son nuestra contraparte desde Pinar del Río hasta Santiago de Cuba, quienes merecen ser los dueños de su propio futuro económico.

Son las palabras de Román de la Campa –antiguo miembro del Grupo Areíto- las que generalmente coinciden con nuestros sentimientos: “No hay regreso o reunificación en cuanto a los cubanos, salvo en el abrazo dramático de estos entrecruzados caminos, viajes y flujos que no prometen un destino claro.” Concluye, por ende, que “la nación cubana está ‘en casa’ solo al atravesarse a sí misma.”<sup>12</sup> Para De la Campa la reconciliación no encarnaría entonces la restauración de una fraternidad nacional que para él nunca fue, sino que significaría estar dispuesto a aceptar una fragmentación ineludible como la base de un nuevo entendimiento de nuestra historia común. Su visión abarca una perspectiva pos-modernista, pos-nacionalista y diaspórica según la cual “la fragmentación no es tanto el modo de reflejar la muerte del sujeto, la paranoia de la sociedad posmo-



derna, o el síndrome de cambio de la vida contemporánea, sino que es más un modo de construir una identidad y una historia compleja.”<sup>13</sup> Así, “diáspora” se convierte en un término que no solo describe la dispersión de los cubanos por todo el mundo, sino un contrapunto en la mentalidad del exilio –una perspectiva cuyas asunciones no son tan maniqueas, que permite varios flujos desde, hacia, dentro y fuera de ese terreno geográfico que llamamos Cuba.

Más allá de cualquier tendencia con respecto a la política de Estados Unidos o la visión común de la actualidad cubana, es este compromiso con el movimiento, con la pluralidad de identidades, la que define a una generación tan diversa y dispersa como la nuestra. No obstante, a pesar de la ansiedad que a veces provoca la incertidumbre de nuestra relación con la Isla, nos oponemos a “los criterios binarios de identidad que ha protagonizado durante décadas la cultura cubana –nación y exilio, dentro y afuera, a favor o en contra.” Creemos, por tanto, en la posibilidad de una cultura “múltiple, tolerante y, aunque difícil, posible.” Igual que el gobierno cubano frente a su conflicto con Estados Unidos, apostamos por caminos de diálogo abierto, recíproco, plural, y sin condiciones. Es decir, rechazamos políticas culturales tanto en la Isla como en el exilio que todavía suelen imponer criterios sobre quiénes son los legítimos portadores de la cultura nacional.<sup>14</sup>

#### PROYECTOS PASADOS Y FUTUROS

Ya hemos señalado algunas de las vías a través de las cuales esta nueva visión diaspórica de la reconciliación poco a poco se está convirtiendo en realidad. La transnacionalización de la cultura, el aumento de visitas a la Isla y el fortalecimiento de contactos entre familias están haciendo posible que jóvenes cubanos aquí y allá acorten entre sí las distancias, sin buscar una falsa unidad. Así ocurre de manera informal.

No podemos desestimar la importancia de los viajes. En 2009 reportó el Associated Press que 250 mil cuba-

nos residentes en Estados Unidos realizaron visitas a la Isla –un número sin precedente.<sup>15</sup> Pero este tráfico humano desafortunadamente se mueve en una sola dirección: el costo de los viajes y las políticas migratorias de Estados Unidos y Cuba hacen muy difícil para la mayoría reciprocarse los gestos de sus familiares. Cuando logran viajar a Miami normalmente es para convertirse en inmigrantes, no para visitas temporales. También las disparidades entre los que visitan la Isla y los que viven en ella –es decir, los que tienen mayor

acceso a CUC que otros– complican las dinámicas entre familias y amigos, creando resentimientos. Por otra parte, este flujo de remesas sigue siendo inmensamente importante para muchas familias.

El Internet elimina algunos de estos inconvenientes. A pesar de las dificultades de acceso y el pobre ancho de banda, más y más personas en Cuba usan el correo electrónico, con el que pueden comunicarse con familiares, mandar y recibir noticias y compartir impresiones con los que viven fuera.



Algunos de los espacios más interesantes donde la reconciliación se actualiza son los espacios online. Los foros *Cubanos en Facebook* y *Cubanos por todo el mundo*, ambos en la red social popular *Facebook*, ofrecen la oportunidad de intercambiar opiniones, ideas y comentarios y permiten la cohabitación de múltiples perspectivas. Aun más interesante es una página web dedicada a la Escuela Vocacional Lenin, donde ex-estudiantes en Cuba y en el exterior pueden compartir memorias, fotografías y mantenerse en contacto.

Por su parte, la música no simplemente sirve como un referente cultural común, sino que a veces expresa en sus letras sentimientos de reconciliación. Uno entre muchos ejemplos es la canción de Frank Delgado *La otra orilla*, en la cual residentes de Hialeah que escuchan a Willy Chirino y Celia Cruz comparten el mismo espacio transnacional con cubanos en la Isla que disfrutan de las canciones de “Silvito y Pablito.” Otro caso ejemplar es la canción de Carlos Varela *25 mil mentiras sobre la verdad*, en la cual el trovador pide que todos los cubanos, dondequiera que estemos, cuestionemos verdades heredadas: “La verdad es la verdad / no es una / ni la mía, ni la suya, ni la tuya.”<sup>16</sup>

Pero si miramos hacia los gestos de

reconciliación concebidos en términos más grandiosos, con difusión más extendida y concentrada, carecemos de ejemplos cuando los cubanos han sido los autores principales. Al contrario, sobran hechos, eventos públicos y películas donde la iniciativa de protagonistas extranjeros ha podido hacer lo que pocas veces hemos logrado nosotros.

El más impresionante caso fue el Concierto por la Paz, celebrado en septiembre de 2009 y organizado por Juanes con la ayuda de muchos otros artistas de renombre internacional. A pesar de todas las críticas montadas en Miami, la trascendencia del momento era clara para todos. Con la excepción de la visita del papa Juan Pablo II en 1998, nunca los cubanos habíamos tenido un momento tan importante para contemplar juntos la posibilidad de una reconciliación entre la Isla y el exterior. A pesar del tono tal vez melodramático, fue imposible no quedar conmovido por el evento, particularmente cuando Olga Tañón saludó cariñosamente a una mujer cuyo padre había conocido en el aeropuerto de Miami, ya rumbo a La Habana. En frente del café Versailles, cubano-americanos a favor del concierto –incluyendo muchos jóvenes– se enfrentaron pacíficamente a los que estaban protestando en contra. Voces jó-

venes también aparecieron en la radio de Miami para defender el evento.

Otro notable ejemplo reciente fue el documental *Boxers and Ballerinas*, realizado en el 2004 por dos estudiantes norteamericanos recién graduados de la Universidad de Georgetown y seleccionado para los festivales internacionales de cine de La Habana, Miami, San Francisco y Breckenridge. La película se enfoca en dos pares de vidas paralelas: un joven boxeador en La Habana, otro en Miami, los dos intentando conquistar el éxito; y una bailarina en Miami, otra en La Habana, las dos también aspirando a mejorar la calidad de su arte. Comentarios políticos –en contra del socialismo cubano, a favor, denunciando la política norteamericana, apoyándola– casi constituyen la banda sonora, pero con muy poca relación con los desafíos diarios que enfrentan los cuatro personajes. Y de ahí viene la intención de la película: sugerir que la distancia que divide a los dos lados del conflicto no es, en su esencia, tan vasta.<sup>17</sup>

Una interesantísima página web [www.havana-miami.arte.tv](http://www.havana-miami.arte.tv) nos ofrece una visión parecida. Elaborada por dos franceses, la página reúne videotestimonios de vida diaria (a veces con respecto a temas de política y economía, a veces no) grabados por jóvenes cubanos tanto en la Isla como en Miami. Igual que la película, el efecto del proyecto consiste en poder encontrar cosas que esos jóvenes tienen en común cuando los escuchamos narrar sus vidas cotidianas.

Por cierto, estos tres ejemplos presentan visiones demasiado sencillas de la reconciliación, posibles tal vez exclusivamente para realizadores extranjeros, quienes toman el conflicto bilateral como un ruido absurdo. Para los que tenemos algo directamente en juego en ello, los que vivimos cada día con sus efectos de una forma u otra, es muy probable que una posición tan ingenuamente optimista no sea posible. Y en la medida en que proyectos como estos tengan que buscar el respaldo de instituciones oficiales, sea el Ministerio de Cultura de Cuba o el Departamento del Tesoro de los Estados Unidos (como fue el caso del concierto de Juanes),

**Estoy consciente de que  
nuestro arrepentimiento  
común será un proceso  
lento, sin un destino  
predeterminado. Sin  
embargo, tengo que creer  
que una nueva generación  
–mi generación– está  
lista para emprenderlo.**



siempre será saludable analizar cómo y por qué estos espacios supuestamente apolíticos congenian con instituciones políticas establecidas.

Es precisamente por esta razón que nos toca, en la medida de lo posible, tomar el control del mensaje y buscar nuestro propio discurso. Se acaba de estrenar en Cuba y Miami una colaboración teatral/cinematográfica fascinante y provocadora, *La entrañable lejanía*, realizada por artistas de La Habana y de Los Ángeles.<sup>18</sup> ¿Por qué los jóvenes cubano-americanos no formamos parte de la ecuación cuando surgen proyectos como este? Ya es hora de organizarnos, no porque todos pensamos igual, ni porque creemos posible realizar ese mundo fácilmente apolítico de los ejemplos citados antes. Pero si compartimos una perspectiva transnacional -que no solo está dispuesta a cuestionar verdades establecidas sino que también nos permite apreciar la imposibilidad de una fusión pulida- estamos forzados a buscar mecanismos para explorar, canalizar y proyectar estos nuevos imaginarios culturales que nacen de nuestra diversidad.

Partiendo del ejemplo de la página web francesa citada arriba, jóvenes cubanos y cubano-americanos pudieran colaborar en un proyecto de periodismo ciudadano y trabajar juntos para documentar historias orales de nuestras vidas, esperanzas, comunidades, sueños y opiniones. Puedo imaginar un espacio colectivo -en el Internet, en forma DVD o incluso en forma de una revista- en donde todos pudieran acceder a los testimonios de sus homólogos. El propósito no sería concretar una visión común, ni una plataforma política, sino sencillamente un espacio en el que pudiéramos entender que nuestras diferentes identidades, todavía pertenecen de algún modo al mismo cuento (llámese nacional, transnacional o diaspórico).

## CONCLUSIÓN

Tal vez estas sugerencias parezcan débiles. No estoy proponiendo la creación de una comisión o la celebración de un congreso. Tampoco otro concier-

to por la paz. Ninguna idea presentada aquí es capaz de resolver los problemas enfrentados por los cubanos cada día, ni poner fin de un día para otro a 50 años de hostigamiento bilateral. Estoy consciente de que nuestro arrepentimiento común será un proceso lento, sin un destino predeterminado. Sin embargo, tengo que creer que una nueva generación -mi generación- está lista para emprenderlo.

Recuerdo la noche de 2005 que llegué a Santiago de Cuba en autobús -moderno, con aire acondicionado- lleno de turistas listos para gastar sus CUC, como yo. Estaba en Cuba por primera vez, para investigar. Llevaba dos meses estudiando en La Habana, pero solo hacía una semana que había podido encontrar el coraje para llamar a mis primos. Mi prima Teresa se me acercó en la estación, llevando una foto mía que, por alguno de esos innumerables puentes humanos sin nombre, había llegado a sus manos años atrás. Me reconoció y me abrazó. Me llevó a su casa, y, en medio de un apagón, empezamos a conversar, casi sin poder ver la cara del otro, luchando contra mis frecuentes anglicismos, imaginando lo diferente que habrían sido nuestras vidas. Envueltos por la oscuridad, rápidamente supimos entender lo cubano como una esencia "marcada más por la tensión y la diversidad que la armonía o la unidad monolítica."<sup>19</sup> Pero supimos también que aunque las divisiones resultan irremediables, siempre valdrá la pena intentar superarlas. Lo que importa es el camino, no necesariamente su fin.



Notas:

<sup>1</sup> Mosquera, Gerardo, *El arte latinoamericano deja de serlo*. Madrid, Arco Latino, 1997. P. 7

<sup>2</sup> Guerra, Lillian, "Elián González and the 'Real Cuba' of Miami: Visions of Identity, Exceptionality, and Divinity," *Cuban Studies*, Vol. 38 (2007), p. 1.

<sup>3</sup> Flores, Juan, "Foreword," en Roman de la Campa, *Cuba on My Mind: Journeys to a Severed Nation*. (New York, Verso, 2000). P. V.

<sup>4</sup> Véase Gustavo Pérez-Firmat, *Life on the Hyphen: The Cuban-American Way*. Austin, University of Texas Press, 1994.

<sup>5</sup> Por cierto, la identidad nacional cubana en sí ya es el resultado de una rica hibridez, producto de una evolutiva construcción social hecha de varias fusiones. Los jóvenes cubanos de hoy, como los de ayer, siguen siendo tremendamente afectados por varias corrientes extranjeras.

<sup>6</sup> Véase: <http://www.fiu.edu/~ipor/cuba-t/>

<sup>7</sup> Véase: [http://www.bendixenandassociates.com/studies/National\\_Survey\\_of\\_Cuban\\_Americans\\_on\\_Policy\\_towards\\_Cuba\\_FINAL.pdf](http://www.bendixenandassociates.com/studies/National_Survey_of_Cuban_Americans_on_Policy_towards_Cuba_FINAL.pdf)

<sup>8</sup> Véase Francis Fukuyama, *The End of History and the Last Man*. New York, Free Press, 1992.

<sup>9</sup> Ruth Behar, ed, *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*. Ann Arbor, University of Michigan Press, 1995.

<sup>10</sup> Grupo Areíto, *Contra viento y marea*. La Habana, Casa de Las Américas, 1978.

<sup>11</sup> Torres, María de los Ángeles, "Beyond the Rupture: Reconciling with Our Enemies, Reconciling with Ourselves," en *Bridges to Cuba/Puentes a Cuba*, pp. 41-42.

<sup>12</sup> De la Campa, 174-175.

<sup>13</sup> Kevin Power, "Cuba: Una Historia Tras Otra," *While Cuba Waits: Art from the Nineties*. Santa Monica, Small Art Press, 1999, reproducido en *Atravesados: Deslizamientos de identidad y género*. Madrid, Fundación Telefónica, 2002. Pp.73-74.

<sup>14</sup> Ballester, Juan Pablo, "Soñando en Cubano," *Lápiz*, num. 142 (1998), reproducido en *Atravesados: deslizamientos de identidad y género*. Madrid, Fundación Telefónica, 2002. p 42.

<sup>15</sup> "Cuban-Americans Filling Planes to Homeland," *Associated Press*, 24 de marzo 2010.

<sup>16</sup> Frank Delgado, *La otra orilla, Un Buen Lugar* (2006); Carlos Varela, *25 mil mentiras sobre la verdad*, *Siete* (2003).

<sup>17</sup> *Boxers and Ballerinas*, dir. Mike Cahill and Brit Marling (Cinequest, 2004).

<sup>18</sup> Para más información, véase: <http://www.projectporamor.com>

<sup>19</sup> Damián Fernández and Madeline Cámara Betancourt, "Interpretations of National Identity," en *Cuba the Elusive Nation: Interpretations of National Identity*, eds. Damián Fernández and Madeline Cámara Betancourt. Gainesville, University Press of Florida, 2000. Pp. 6-7.